MAÑANITA DE SAN JUAN

MAÑANITA DE SAN JUAN

ENTREMÉS

DE

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

Estrenado en el TEATRO DE LOS CAMPOS ELISEOS de Bilbao, el 26 de Abril de 1918 y en el TEATRO DE APOLO de Madrid, la noche del 15 de Junio del mismo año

---

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.°
TELÉFONO, M. 551
1920

A Pedro Alvarez Quintero,

por gratitud, por entrañable afecto, por admiración y por simpatía.

Con un abrazo de su siempre leal y buen amigo,

J. Fernández del Villar.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES EN MADRID	EN BILBAO
ANTOÑITA	Rosario Leonís.	Antonia Plana.
MERCEDES	Rafaela Leonís.	Carmen Posadas.
ENRIQUE	Francisco Gallego.	Emilio Díaz.
SEÑÓ JULIÁN	Jenaro Guillot.	Antonio R. Aguirre.
HENRI	Carlos Rufart.	Germán Sylas.
EL MUDO	Pedro Paisano.	Pedro L. Lagar.

Mañanita de San Juan

Habitación baja de la casa de Antoñita, en el barrio de la Trinidad, en Málaga. Al foro derecha la puerta de entrada, que da a la calle. Al foro izquierda una ventana con reja practicable. A la derecha una cómoda de caoba, y sobre el tablero de la misma diversos juguetillos y retratos y una imagen, de barro, de San Juan Bautista. A la izquierda otra puerta, con cortinas de encaje, que conduce al interior de la vivienda. Entre la puerta del foro y la ventana una mesa de pino, sin pintar, y sobre ella un botijo y un jarro de lata. Varias sillas repartidas por la escena, y junto a la ventana una más pequeña donde se sienta Antoñita a coser. Cerca de la silla un cestillo de costura. Suelo de ladrillos rojos.

Es de día y en el mes de junio. Mañana de San Juan.

—

Al levantarse el telón aparece ANTOÑITA, sentada cerca de la ventana, cosiendo. De cuando en cuando levanta la cabeza para mirar a los que cruzan por la calle. Antoñita es una muchacha de veintidós años. Viste un trajecillo de percal de tonos claros y pañuelo de crespón al talle. En el pelo lleva prendida una rosa, gemela de su cara.

Antoñita. Suspendiendo su labor para hacer un comentario sobre uno que se supone pasa a lo lejos. ¡Hombre! Por ayí va Visente. Desde que lo han hecho munisipá está el arma mía que to le viene chico. ¡Por eso yevará el ros en la coroniya! Saludando a una conocida que también se supone pasa lejos de la ventana. ¡Vaya usté con Dios, María Isabé! Asombrándose. Pero, criatura, ¿otra vez en ese estao? ¡Várgame San Blas!... ¿Cuántos son ya?... ¿Siete?... ¡Ya ve usté: siete hijos! Pa poné un colegio... ¿Y por qué no le dise usté a su marío que haga poleas, que eso cansa mucho?... ¡Argo hay que inventá! Como no quiera usté

tomá er traspaso de Telégrafos y empleá los críos en repartí los partes... Como si contestara a algo que la supuesta María Isabel le estuviera diciendo. Entonses no he dicho na... Desde luego... ¡Sí, sí!... ¡Sí, señora! Muchas grasias... ¡Y que sea el úrtimo, me alegraré!... No me lo creo. A usté le pasa lo que a los revendedores de lotería, que siempre er désimo que yevan en la mano disen que es el úrtimo, lo venden y sacan otro... Adiós, adiós. Vuelve a coser y mientras cose comenta en voz alta. ¡Pobre mujé! ¿Y quién había de pensárselo de su marío, tan escuchimisao y con aquer coló de queso manchego? ¡Se yeva una ca chasco! Un hombre que, de dergao que estaba, le ponían una guita en los fondiyos los días de viento y se remontaba como una cometa... siete hijos tiene ya. ¡Y encargao el ortavo! No lo entiendo. Tiene que habé trampa. ¡Por fuerza! No lo entiendo, no lo entiendo. Pausa. En un reloj de torre suena una campanada. ¡Las onse y media! Como den las dose y no haya venío, voy a yegarme a preguntá por é a la Aduana. Es mucha pensión esta de tené un padre borrachín, que un día sí y otro no duerma en er calaboso. Esta noche pasá no se ha recogío. Por supuesto... ¡víspera de San Juan!—pescaría la mona bien temprano y se iría a comé brevas a las *Barrancas!*.. ¡Seguro! Y haga Su Divina Majestá que no haya sío más que eso. ¡Un día me lo lisian! Porque en cuanto se bebe dos copas de más er pobresito mío le da por sartarse a los guardias. Guardia que ve, guardia que se sarta. ¡La tié tomá con los uniformes! La otra mañana se sartó ar Gobernadó siví, que iba de gala pa unos funerales. Y es naturá; le echaron mano y lo metieron en chirona. ¡Lo que tuve que andá pa que me lo pusieran en la caye! ¡Y viva usté mártir de un padre así! ¡A ve si Dios haría na de más con mandarme un marío que me quitase de este aperreo de vía! Pero por lo visto, estoy condená a morí con parma. Yo digo como la otra: con mi media naranja han debío hasé una ensalaiya.

Por la puerta del foro, dando traspiés y en lamentable estado de borrachera, entra el SEÑÓ JULIÁN. Trae el traje lleno de polvo, abollado en diversos sitios el ancho sombrero y la faja casi colgando.

Señó Julián. ¡Salú!

Antoñita. Levantándose. ¡Vamos, hombre! ¿Ha paresío usté ya?

Señó Julián. ¡Me he sartao a un guardia!

Antoñita. ¡Cosa rara!

Señó Julián. Pero he sío más vivo que é y le he ganao la delantera. ¡Loco debe andá buscándome!

Antoñita. Usté, hasta que no le den un pie de palisas que le tengamos que poné el árnica por cubos no va a escarmentá.

Señó Julián. Er día que no me sarto a un guindiya me sientan mar los jureles. ¡Un visio de la sangre digo yo que será!

Antoñita. ¡No es mar visio er que usté tiene ensima!

Señó Julián. Borracho no vengo.

Antoñita. Eso, ya se ve.

Señó Julián. Aclaro er conserto porque si te has pensao que venía borracho te has colao, Antoñita.

Antoñita. ¡Güeno! Usté dirá si le preparo la cama.

Señó Julián. ¿La cama?

Antoñita. ¿No va usté a acostarse?

Señó Julián. No se me había ocurrío, pero, en fin, si tú quieres...

Antoñita. ¡Naturá! La mona hay que dormirla.

Señó Julián. Indignado. ¿Qué es eso de mona? Pero ¿te empeñas en creé?...

Antoñita. No, señó; la costumbre...

Señó Julián. ¡Ya no bebo más!

Antoñita. Hasta luego.

Señó Julián. Toavía no me voy.

Antoñita. Lo que parese mentira es que a sus años y sin más familia que una hija mosita, que soy yo, se vaya usté por ahí de juerga y de jarana toas las noches y me deje usté abandoná y sola y expuesta a tos los peligros. Eso, se dise y no se cree.

Señó Julián. Te sobra la rasón por ensima de las horquiyas; pero te juro que no bebo más.

Antoñita. ¿Dónde ha pasao usté la noche?

Señó Julián. Primeramente estuve en *Aguas negras* con los amigos jugando a la brisca.

Antoñita. ¡Qué bonito!

Señó Julián. Por sierto que me han pisao er tres y me ha dolío más que si me pisaran er deo gordo.

Antoñita. Lo creo.

Señó Julián. Después, a las dose, me fuí a la playa a mojarme la cabesa con agua der mar.

Antoñita. ¿Piensa usté sacá novia en este año?

Señó Julián. Ni más ni menos. Uno es viudo, que es como sé mosito por segunda vez, pué uno vorvé a casarse, está uno fresco...

Antoñita. ¡Sí que está usté fresco!

Señó Julián. Volviendo a indignarse. ¡A mí con puyas, no! ¡Güeno! Ar desí que estoy fresco me refiero a la parte morá... o sea ar físico. He dicho fresco como he podío desí losano. ¿Tú te enteras?

Antoñita. Me entero, sí, señó. Ande usté; luego me lo acabará de contá. Ahora lo que le conviene es echarse, que estará usté molío del ajetreo de la noche.

Señó Julián. Sí, que las piernas se me blandean

Antoñita. Por lo mismo. ¡Ande usté! Empujándolo hacia la puerta de la izquierda.

Señó Julián. Resistiéndose. Pero borracho no vengo.

Antoñita. No, señó.

Señó Julián. Echándole el aliento. Huéleme tú. ¿A qué huelo?

Antoñita. A jarmines.

Señó Julián. Riéndose. ¡Pif! ¡A jarmines! ¡Has estao regulá! ¡Que no se me despierte hasta que yo avise!

Antoñita. Descuide usté.

Señó Julián. Tomándole la cara a Antoñita. Tengo una hija que no me la merezco.

Antoñita. ¡Pa flores está la mañana!

Señó Julián. ¿Cómo pa flores?

Antoñita. ¡Vaya! ¡Déjese usté de conversasión!

Señó Julián. Tus deseos son órdenes pa mí.

Antoñita. Pos vamos a verlo.

Señó Julián. Riéndose. ¡Pif! ¡La cara der guindiya cuando le dí er sarto! ¡Mi madre, y qué susto se yevó! Mirando a Antoñita, que se ha puesto seria. ¡Que no se me despierte! Quitándose la gorra. «Bendito, alabao y reverensiao...»

Antoñita. ¿Qué hase usté?

Señó Julián. Resá mis orasiones antes de acostarme como to fier cristiano.

Antoñita. ¡Ah, ya!

Señó Julián. Persignándose. «Por la señá de la Santa Crú, de nuestros enemigos... *¡los guardias!*... líbranos, Señó...» Vase por la puerta de la izquierda.

Antoñita. ¡Y tené que aguantá esto, Dios mío! ¡Cuánto mejó era morirse! Da un suspiro y vuelve a sentarse en la sillita cerca de la ventana. Por la calle, tras la reja, se asoma MERCEDES, que lleva en un porta-viandas la comida para su marido, que es albañil. Mercedes es una muchacha charlatana y volandera, que viste un traje de percal de vivos colores y sobre los hombros trae puesto, en forma de chal, un mantón de crespón negro liso.

Mercedes. ¡Antoñita!

Antoñita. ¡Mersedes! ¿No entras? ¿Dónde vas?

Mercedes. A yevarle el armuerso a mi marío.

Antoñita. Entra, mujé, un ratiyo a haserme compañía, que ya ves qué sola estoy.

Mercedes. No me tientes, Antoñita, no me tientes, que yo me conozco y en pegando la hebra...

Antoñita. Por sinco minutos no creo que te vayas a morí.

Mercedes. Tó será que a Paco le yegue frío el armuerso.

Antoñita. ¿Por sinco minutos?

Mercedes. Es que por lo regulá mis sinco minutos pasan siempre de la media hora.

Antoñita. En ese caso...

Mercedes. Pero entraré; ya no sabría irme sin charlar un rato contigo.

Se aparta de la ventana y entra en escena.

Antoñita. Levantándose para recibirla. ¡Mersediyas!... Se besan.

Mercedes. Dejando el porta-viandas en el suelo. Tú que me lo pides y yo que lo deseo .. Se juntaron el hambre con las ganas de comé. Me perezco por hablá, hija de mi arma; tú ya lo sabes. ¡Ah! Y te arvierto que antes que contigo he estao ya de palique con siete personas: con la casera, con una vesina, con er panadero, con un manguero, que me sarpicó la farda... ¡qué sé yo! A las diez salí de mi casa con el armuerso y van a dá las dose... ¡No te digo más!

Antoñita. ¡Pos estará güeno!

Mercedes. ¡Pa emplasto! Hoy, bronca segura; pero ¿qué le vamos a hasé? Tós mis dijustos son siempre por esta manía de darle conversasión a un poste. A mí marío lo desespero. Si es verdá, como disen, que desendemos de los animales, arguno de mis antepasaos ha sío cotorra.

Antoñita. Riéndose. Eres un torbeyino, Mersediyas.

Mercedes. No te quepa duda. A no sé que esto mío sea una enfermedá.

Antoñita. Pudiera serlo.

Mercedes. Porque te partisipo que cuando no tengo quien me escuche, me planto en er barcón y ¡no hay vendedó que pase ar que yo no lo tenga un rato parao.

Antoñita. ¿Ah, sí?

Mercedes. ¡Claro que no le compro ná, pero yo me entero de lo que yeva, de lo que vende, de lo que gana... y hasta de si a su mujé le salen sabañones!

Antoñita. Pos argunos se irán poniéndote...

Mercedes. Como los trapos, pero eso no me importa. Yo no he estao cayá, que es de lo que se trata Sintiendo un estremecimiento nervioso. ¡Ay! De pensá ná más si fuera muda, sin habla me queo.

Antoñita. ¡Mersediyas!

Mercedes. Estremeciéndose aún. No lo permita er Señó.

Antoñita. Siéntate. Se sientan.

Mercedes. ¿Y tu padre?
Antoñita. Ahora acaba de yegá.
Mercedes. ¿Con la mona de siempre?
Antoñita. ¡Figúrate!
Mercedes. Pos, hija, la mona de tu padre era cosa de mandarla a un museo, porque ¡mira que tiene años!
Antoñita. Los mismos que é; sincuenta y ocho.
Mercedes. Yo no lo he visto fresco ni en Disiembre.
Antoñita. Tós los días me promete no beber más, y tós los días viene borracho.
Mercedes. ¡Pobre Antoñita! Te compadezco. A ti lo que te convenía era casarte.
Antoñita. ¡Di otra!
Mercedes. ¡Casarte! Encontrar un hombre que te tuviese en tu casita y dejá a tu padre que se las apañase solo.
Antoñita. Ya lo sé. Pero, ¿dónde está ese hombre?
Mercedes. En er mundo. Ca mujé es la costiya de un hombre, y ese hombre andará por ahí seguramente buscando la costiya que le farta.
Antoñita. Pos er mío, según los síntomas, debe sé picadó.
Mercedes. ¿Picadó, chiquiya?
Antoñita. ¿Tú no has leído que hay picadores que viven con dos o tres costiyas menos? Pos uno de esos es er mío.
Mercedes. ¡Qué grasiosa!
Antoñita. Tós no podemos tené tu suerte.
Mercedes. Verdá; que yo a mi marío lo saqué de una rifa.
Antoñita. ¿Qué dises?
Mercedes. ¡Pero si te lo he contao sien veses! Una noche entramos mi madre y yo en la Tómbola de la Tienda Asilo; y a mí se me ocurrió tomá una papeleta, y cuando ya la había pedío me acordé de que no yevábamos dinero; se lo dije así ar tío de la rifa, y entonses Paco, que estaba a mi lao y que yo no lo conosía, me dijo; —Por eso no se apure usté, niña.—Sacó el reá que costaba la suerte, y que quieras que no, se lo dió al hombre; abrimos la papeleta y estaba premiá, y lo que me había tocao era un biberón.
Antoñita ¿Es posible?
Mercedes. ¡Si yo creí que te lo había contao!
Antoñita. A mí, no.
Mercedes. ¡Pos carcula! A cuenta der regalo armamos la gran juerga. ¿Pa qué quiero yo esto? desía. Y Paco, que ya se había puesto al habla con mi madre y conmigo, me respondió: —Guárdelo usté, que tó sirve

en el mundo.—Nos acompañó hasta casa... y a los diez meses nasió Paquito y er biberón tuvo empleo.

Antoñita. Es grasioso.

Mercedes. Esto, después de haberme pasao la vía escondiendo a San Antonio, metiendo la cabesa en er poso la noche de San Juan, echando las agujas y los plomos, dejando los arcausiles al sereno y... ¡qué se yo cuántas cosas más por encontrar un novio!

Antoñita. Como que hay que desengañarse; er novio viene cuando Dios quiere, y tó lo demás son brujerías.

Mercedes. Menos una; una hay que no faya.

Antoñita. ¿Cuá?

Mercedes. La prueba del agua.

Antoñita. ¿Del agua?

Mercedes. ¿De qué pueblo eres tú que no la sabes?

Antoñita. No la sé.

Mercedes. Pos la prueba del agua es infalible. De más de dos y de más de tres muchachas sé yo que la han hecho y a toas les ha dao un resurtao maraviyoso.

Antoñita. Criatura, pos dímela a mí, que yo la aprenda.

Mercedes. ¡Y mira, casuarmente a las dose en punto der día de hoy es cuando hay que haserla!

Antoñita. ¡No te entretengas más!

Mercedes. La prueba del agua consiste en lo siguiente: la muchacha sortera que quiera casarse, ar soná las dose de la mañana de San Juan, después de encomendarse ar santo, sale a la puerta de su casa con un jarro yeno de agua, y ar primer hombre que pase por la caye le tira el agua a los pies. El hombre, como es naturá, se para en firme y la muchacha le pregunta entonses:—¿Me hase usté el favó de desirme cómo se yama? —El hombre se lo dise, y la muchacha puede tené la seguridá de que antes del año, ha de haberse casao con uno que se yamará, esartamente lo mismo que aquer que pasó por su puerta a las dose en punto de la mañana de San Juan.

Antoñita. *Entusiasmada.* ¡Ay, oye, qué bonito!

Mercedes. Eso, no ha fayao todavía. Ahora que pídele a Dios que er que pase se yame Pepe, Antonio, Pedro o Francisco; no te vaya a susedé lo que a mi prima, que er que pasó se yamaba Atanagirdo y pa encontrá uno iguá se tuvo que ir a Madrí, a la Plasa de Oriente.

Antoñita. ¿Cómo es eso?

Mercedes. Y lo peor der caso es que er compañero resurtó de piedra.

Antoñita. ¡Várgame Dios!

Mercedes. Pero tú no vas a tené tan mala pata.

Antoñita. ¡Quién sabe!

Mercedes. Levantándose. Haz la prueba y ya me dirás er resurtao.

Antoñita. ¿Te vas?

Mercedes. ¡Si te parese que yevo aquí poco tiempo!

Antoñita. ¡No, mujé!

Mercedes. ¡Mira no tenga yo que hasé la prueba como tú!

Antoñita. ¿Por qué?

Mercedes. Porque hoy es er día en que mi marío pide er divorsio.

Antoñita. ¡Adiós, Mersedes! Se besan.

Mercedes. ¡Adiós, Antoñita! Medio mutis. ¡Jesús! ¡Qué cabesa la mía! Ya me dejaba aquí er porta-viandas. Lo coge. ¡Adiós, mujé! ¡Y buena suerte! A tu padre échale sá en los botiyos, que disen que eso quita a los borrachos de la bebía. ¡Y quéate con Dios! ¿Me he despedío de tí? ¡Hasta otra! Adiós, adiós. Sale de estampía.

Antoñita. ¡Qué vendavá! Más loca está que una volaera. ¡Pero es grasiosa! ¡Y a su marío lo tié chiflao! Lo que se dise chiflao. Recordando los consejos de su amiga. ¿Será verdá lo del agua? Después de tó con probá ná se pierde. Ahora, que me va a dá mucha vergüensa preguntarle ar que pase cómo se yama. A lo mejó conose er truco y pué pensá que una está rabiando por casarse. ¡La verdá, si vamos a vé, pero a nadie le gusta echar fartas a la caye! ¿Lo hago? ¿No lo hago?... ¡Lo hago! ¡Que no quede por mí! Así como así er que no se aventura... Hablándole a la imagen de San Juan Bautista, que hay en la cómoda. ¡Santo mío, bendito San Juan: ya estás viendo el apuro en que estoy! ¡Socórreme en esta necesidá; yo te pido socorro, santo mío! ¡Mándame un novio, guapo o feo, tuerto o derecho, pero un novio, un hombre güeno que se enamore de mí y esté dispuesto a yevarme al artá! ¡Ya ves que no soy ersigente! Pero, si quieres quedá bien der tó, mándamelo con güen tipo, moreno, con los ojos grandes y er bigote retorsío, que sepa camelarme con palabritas durses... y que no le gusten los caracoles, que yo no los pueo pasá; un hombre que no beba, ni fume ni juegue, como no sea a piya piya, y eso en su casa, y con su mujé; un hombre, en fin, que cause la envidia de mis amigas, ni tan arto que rompa er techo, ni tan chico que coja der suelo las coliyas sin tené que agacharse; un hombre... Suenan en un reloj de torre doce campanadas, lentas, graves. Al sonar la primera, Antoñita se pone muy nerviosa y no sabe qué hacer. Se encamina hacia donde está la mesa de pino, llena

el jarro de lata con agua del botijo y sale a la puerta. ¡Jesús! ¡Las dose! A San Juan. ¡Santo mío, un hombre cuarquiera, con tá de que no parezca un galápago! Asomándose a la puerta. ¡Ayí viene uno! ¡Pos no me tiembla er jarro como si en lugá de agua tuviera asogue! Se vuelve de espaldas a la puerta y se santigua. En er nombre sea de Dios. Tirando el agua a la calle a tiempo que aparece el MUDO, un muchacho de guayabera y sombrero ancho, el cual se queda parado frente a Antoñita. ¡Ahí va! Temblorosa. ¿Me hase usté er favó de desirme su nombre?

El Mudo. Gesticulando mucho. ¡Uu! ¡Uu!

Antoñita. Sin comprender todavía. ¡Su nombre de usté!

El Mudo. ¡Uu! ¡Uu! Aa... aa...

Antoñita. (¡Arrea! ¡Pero si es mudo! ¡Tengo yo una sombra!...)

El Mudo. ¿Uu?... ¿Uu?...

Antoñita. Na, que usté dispense. El Mudo se marcha. ¡Pos me he lusío! Ar primer tapón... ¡Menos má que siguen dando las dose! Yenaremos otro jarro. Lo hace y se asoma otra vez a la puerta. Un señorito se aserca. ¡San Juan, por tú salú, que no se yame Godofredo! Tira el agua. ¡Anda! ¡Se la he echao en er pantalón!

A la puerta del foro aparece, indignadísimo, HENRI, un francés elegantemente vestido, que no sabe de costumbres ni tradiciones andaluzas y que brama, encoraginado, por el percance que acaba de ocurrirle. Antoñita quisiera que se la tragase la tierra.

Henri. ¡Nom de... nom... d'un chien!

Antoñita. (¡Jesús, María y José!)

Henri. Faites attention, mademoiselle... c'est pas l'heure d'arroser.

Antoñita. (¡Y fransés, pa acabá de arreglarlo!) ¡Señó! Ha sío sin pensá. Usté perdone. (¡Ay, várgame la Virgen! ¡San Juan, me estás dando la mañana!)

Henri. Oui, c'est bien. Perdone, perdone... Mais vous m'avez abimé les souliers et mon complet marron... Ah, voilá un agent! Monsieur! Le hace señas con la mano.

Antoñita. (Pero, ¿qué hase este tío?... ¡Pos no yama a un guardia! Maresita mía, ¿me irán a yevá presa por esto?) ¡Misté, cabayero, que yo no he tenío la curpa!... Asustada al ver al guardia. (¡Ya está aquí er guardia! ¡Er Señó me ampare!)

A la puerta del foro aparece ENRIQUE, guardia municipal, con uniforme de verano, joven, y más andaluz que la Giralda.

Enrique. Vamos a vé. ¿Qué ha pasao?

Henri. Monsiur l'agent. Voyez moiça. Mademoiselle m'a envoyé une douche et il faudra bien me payer mon habit et mes souliers.

Enrique. Después de haberlo escuchado atentamente y con cara de asombro. (¡Ni jota!) Henri quiere seguir hablando, pero Enrique se lo impide. No se canse usté, musiú. A Antoñita. ¿Qué ha pasao, niña?

Antoñita. Pos verá usté, guardia, que yo fuí a echá una poquiya de agua a la caye a tiempo qué pasaba este cabayero y, sin queré, le he sarpicao er pantalón una mijitiya.

Enrique. Mirando el pantalón de Henri, todo lleno de agua. ¿Una mijitiya y paese otra cosa?

Henri. Je ne comprends pas un mot. Allons voir le commissaire de police.

Enrique. A Henri. Sí, señó; sí, señó. A Antoñita. ¿Y usté no sabe, criatura, que está prohibío por la Arcardía echar na a la caye y menos agua? ¿No hay sumiero en esta casa?

Antoñita. Sí, señó.

Enrique. ¡Entonses!... No tengo más remedio que presentá la denunsia a instansia de este cabayero.

Antoñita. ¡Pero misté, guardia!...

Enrique. Sacando un cuaderno de notas y un lápiz. ¿Yo qué le voy a hasé?

Antoñita. (Ay, San Antonio bendito!)

Enrique. A Henri. ¿Cómo se yama usté?

Henri. ¿Comment?

Enrique. ¡Su nombre de usté!

Henri. ¿Quoi?

Enrique. A gritos. ¡Er nombre!

Henri. Ah, oui, le nom. Sacando una tarjeta de la cartera. Voici ma carte.

Antoñita. (¡Virgen santa!)

Enrique. Leyendo. «Henri Bouchon.» A Henri. Enrique Bouchon.

Henri. Oui.

Enrique. Leyendo. «Peintré.» Se encoge de hombros como dando a entender que ignora el significado de la palabra.) Hotel Regina.

Henri. Je vous laisse ma carte, et j'attends a l'hotel. A Antoñita.) Pardon, mademoiselle—mais il faut payer.

Enrique. Vaya usté con Dios, que esto hoy mismo quedará arreglao en el Ayuntamiento.

Henri. Marchándose y saludando con el sombrero. Au revoir.

Enrique. ¡Revuá, sí, señó! Abú. Abú, musiú.

Antoñita. Alarmadísima. Pero, diga usté, guardia, ¿me podrá pasá a mí argo por esto?

Enrique. ¡Usté verá! Diez pesetas de murta, por lo menos, no hay quien se las quite.

Antoñita. ¡Virgensita mía! ¡Dies pesetas! ¿Y de dónde saco yo ese dinero?

Enrique. ¡Si no hubiera usté fartao a las Ordenansas munisipales!...

Antoñita. ¡Quién podía pensarse!

Enrique. ¡Ya me hago cargo! Pero usté debe comprendé también que yo estoy obligao a sirculá la denunsia. Se trata de un extranjero.. puén vení reclamasiones urtramarinas... ¡Si en mi mano estuviera!... Preparándose para escribir en el libro de notas. ¿Me dice usté su nombre?

Antoñita. Acercándose mucho a Enrique y mirándolo fijamente. Sí, señó. Antonia Vergara.

Enrique. Sintiendo un desvanecimiento. (¡Camará, y qué ojos!) Apunta el nombre en el librito y sale a la calle a mirar el número de la casa para apuntarlo también. Pero, ¿qué humó le dió a usté de tirá ese agua a la caye sin mirá quién pasaba?

Antoñita. Sentándose frente a San Juan y a espaldas de Enrique. ¡Crea usté que de haber sabío lo que iba a ocurrí!... (¡San Juan, déjate que estemos solos!) Sollozando para ver si puede conmover al guardia. ¡Ay, madresita mía!

Enrique. ¡Güeno, niña, no se aflija usté más; que después de to dos duros no van a ningún lao!

Antoñita. Más afligida aún. ¡Ay, guardia!

Enrique. Enrique me yamo pa lo que usté guste mandá.

Antoñita. Levantándose como impulsada por un resorte, dejando de llorar y en actitud de verdadero asombro.) ¡Enrique! ¿Se yama usté Enrique? ¿Como er franchute?

Enrique. Lo mismo. ¿Qué le sorprende a usté?

Antoñita. Calmándose. No, nada. (¡Ay, San Juan bendito! ¿Será verdá? ¿Será este er que me mandas?)

Enrique. ¿Qué le pasa a usté?

Antoñita. ¿A mí? Disimulando. Na, naíta. (¡Enrique!) Y dice el nombre como si quisiera grabárselo en su memoria. Enrique y Antoñita comienzan a analizarse mutuamente.

Enrique. (¡Vaya un cuerpo y vaya una cara pa sacarla en prosesión!)

Antoñita. (Como simpático es simpático... y aunque el uniforme no le favorese... ¡Pero vestío de caye!...)

Enrique. (¡Bonita es un cromo!)

Antoñita. (¡Mar tipo no tiene!)

Enrique. (¡Me gusta a mí esta mujé!)

Antoñita. (¿Será sortero?)

Enrique. (¿Si tendrá novio?)

Antoñita. (Si me resurta casao es como pa convidá a aveyanas a San Juan bendito.)

Enrique. (Yo estaba por...) Y termina la frase con el gesto.

Antoñita. (Y paese que le he causao impresión. ¡Ay, Dios mío, no quiero acarisiá ilusiones!)

Enrique. ¡Antoñita!

Antoñita. ¡Enrique!

Enrique. ¡Misté lo que yo hago por usté! Y arranca la hoja del librito donde ha tomado los datos y la rompe, tirando los papeles a la calle.

Antoñita. ¿Rompé la denunsia?

Enrique. ¡Y si el fransés reclama, que reclame! Me da iguá.

Antoñita. ¡Ay, Dios se lo pague a usté!

Enrique. Lo primero es lo primero, y lo primero en este caso es dejá contenta a una mujé bonita.

Antoñita. Favó que usté me hase, ¡Enrique!

Enrique. (¡Le ha gustao er nombre!) Después de una pausa en la que se dicen muchas cosas con los ojos. ¿Está usté contenta?

Antoñita. ¡Ay, muchísimo, muchísimo! Usté no sabe lo que le agradezco...

Enrique. No vale la pena. Ar monte Gurugú subo yo de coroniya por tá de darle gusto.

Antoñita. Muchas grasias. Es usté muy amable. Pausa corta. Antoñita, viendo que las cosas van por buen camino, procura allanarle aún más el terreno a Enrique. ¿No quiere usté sentarse un ratito?

Enrique. ¡Hombre, sí! Aguantá a pie firme hasta la hora der relevo fatiga un poco, y aquí se está tan bien...

Antoñita. Esta salita es mu ventilá.

Enrique. No lo desía por la salita, que aparte de to es presiosa. ¡Las manos que la cuidan!

Antoñita le dirige una mirada de gratitud. Enrique se sienta y desde que se sienta no sabe dónde poner el sable para que no le moleste.

Antoñita. Sentándose en su silla y cogiendo la costura. Con su permiso voy a seguí cosiendo.

Enrique. No fartaba más. Como Enrique está sentado en una silla más alta que la que ocupa Antoñita, sin querer, se le ofrece una vista deliciosa. Antoñita tiene una blusa algo descotada y el guardia empieza a sudar como un pollo. Instintivamente se le van los ojos hacia donde no quisiera mirar, porque cada vez que mira siente un vértigo. Nervioso, se quita la gorra y comienza a voltearla entre las manos; las vueltas de la gorra marcan la excitación del hombre. En tanto atisba, en el abandono de Antoñita, las vueltas son pausadas, lentas; pero cuando la muchacha lo mira, Enrique se hace el distraído y la gorra gira en sus manos como aspa de molino en día de viento. Enrique sopla. (¡Rechufa y qué vistas! ¡Ni en er sine!)

Antoñita. ¡Qué cayaos estamos!

Enrique. Disimulando. ¡Sí! ¡Je! (¡Señores!) Repiten el juego anterior. ¡Sí que hase caló!

Antoñita. Ar menos usté está mu arrebatao.

Enrique. Sudando cardo der puchero, Antoñita.

Antoñita. De cuando en cuando—¿verdá?—vienen unas rachas que paese que sube la temperatura.

Enrique. En lo suyo. ¡Sí que sube!

Antoñita. Como que si esto sigue así no sé dónde vamos a pará.

Enrique. Ni yo.

Antoñita. Por las noches es que no se puede; entre er caló, los mosquitos, las... Sorprendiendo un movimiento de Enrique. ¿Le pasa a usté argo?

Enrique. Con la risa del conejo. Nada. ¡Je, je! (¡De encaje y con sintas!)

Antoñita. Y eso que yo lo dejo to abierto.

Enrique. Ya, ya. Es que en esta tierra to es ersagerao: er caló, la bonitura e las mujeres...

Antoñita. Con intención. ¿Le paese a usté to ersagerao?

Enrique. To. Como que voy creyendo que *eso* no pué sé naturá. Por el pecho.

Antoñita. ¿Er qué?

Enrique. Tanto caló... que no pué sé naturá.

Antoñita. Agachándose para coger un carrete que se le ha caído al suelo. A lo mejó, yueve.

Enrique. Empinándose disimuladamente. (¡Ya escampa!)

Antoñita. ¡Bendito Dios! Por descosé una manga he pespunteao un farso. Estoy ya que se me va la vista.

Enrique. Ingenuamente. Y a mí. Antoñita lo mira. Debe sé er só, que se refleja en aquer cristalito. En uno de la ventana.

Antoñita. Volviendo la cara. ¿En cuá?

Enrique. Aprovechándose para ver mejor. En aquer.

Antoñita. Señalando uno. ¿En ese?

Enrique. Señalando otro. No, en ese.

Antoñita. Sí que es verdá.

Enrique. ¡Ya lo creo que es verdá! Soplando y levantándose. (¡Señores!...) ¿Me deja usté que beba?

Antoñita. ¿Por qué no?

Enrique. Grasias. Cogiendo el botijo y bebiendo a chorro.

Antoñita. Puede que no esté muy fresca.

Enrique. Limpiándose la boca con el dorso de la mano. Superió.

Antoñita. Ahora va usté a sudá er doble.

Enrique. Sudando estaba ya, porque me quemaban dos soles.

Antoñita. Irónica. ¿Y cuá era el otro?

Enrique. Cogiendo su silla y arrimándola mucho a la de Antoñita. El hombre está decidido a todo. Pos el otro. . Se sienta.
Antoñita. ¿Qué hase usté?
Enrique. Arrimarme ar só que más calienta, Antoñita.
Antoñita. ¿Y no teme usté derretirse?
Enrique. Ya, no. Queman más unos ojos negros que toa la luz der verano.
Antoñita. ¡Enrique!... (¡San Juan, esto va bueno!)
Enrique. Diga usté, Antoñita: ese lunarito der labio ¿es de nasimiento?
Antoñita. De mi agüela.
Enrique. ¿Cómo?
Antoñita. Mi agüela se lo dejó a mi madre y mi madre a mí.
Enrique ¡Una herensia!
Antoñita. Argo por el orden.
Enrique. Ahora sí que se pué desí sin que sea ofensa, que ha caío un luná en la familia.
Antoñita. Eso mismo.
Enrique. Y que lunaritos como er suyo se verán pocos. ¡Señores! Es una perlita negra que se ha cuajao sobre un capuyo e rosa.
Antoñita. (¡Este guardia escribe en los periódicos!)
Enrique. ¿Y vive usté sola en esta casa?
Antoñita. Con mi papá.
Enrique. ¿No tiene usté más familia?
Antoñita. No, señó.
Enrique. ¡Y a mí que se me había figurao que era usté casá!
Antoñita. ¡Ojalá!
Enrique. ¿Cómo?
Antoñita. Arrepentida de su ligereza. No, nada (¡Cuando te digo que esto va bueno, San Juan!)
Enrique. ¡Pero novio sí tendrá usté!
Antoñita. ¡Ni eso!
Enrique. ¿Será posible?
Antoñita. Andan muy escasos con esto de la guerra.
Enrique. ¡Pos hombre, yo sé de arguno que se consideraría feliz si usté fuese capaz de quererlo una mijiya!
Antoñita. ¿De veras?
Enrique. ¡Lo juro, si hase farta!
Antoñita. ¿Y dónde está ese loco?
Enrique. Presente. Al ir a acercarse a la muchacha tropieza con el sable.
Antoñita. ¡Enrique!
Enrique. ¡Er sable, que no sé dónde ponerlo!
Antoñita. No me tome usté er pelo.

Enrique. Hablo la verdá.

Antoñita. ¡Con tanta muchacha bonita como hay por ahí!

Enrique. ¡Pero no tan bonitas como usté, porque usté es bonita hasta de espardas.

Antoñita. ¡Enrique!

Enrique. Y esto será un flechaso, si usté quiere, pero desde que entré por esa puerta sentí la punsá.

Antoñita. Puede que padesca usté de reuma, y como er cuarto está resién fregao..

Enrique. ¡Niña, qne estoy hablando en serio!

Antoñita. ¡Y en serio le contesto yo a usté!

Enrique. No será usté tan capaz de salí esta noche a esa reja como yo de está en la caye esperando que la abran.

Antoñita. ¡Eso, lo veremos!

Enrique. ¡Pos lo veremos!

Antoñita. Si usté viene...

Enrique. Sin farta.

Antoñita. Pos ahí estaré yo.

Enrique. ¡Bendita sea esa boca!

Antoñita. ¿Trato hecho?

Enrique. Trato hecho. Dándole la mano. ¿Hasta la noche, Antoñita?

Antoñita. ¡Hasta la noche, Enrique!

En este momento sale de su cuarto el SEÑÓ JULIÁN, el cual, al ver al guardia, no puede reprimir un gesto de alegría.

Señó Julián. (¡Mi madre! ¡Un guardia en mi casa! ¡Esta es la mía!)

A Enrique, embelesado despidiéndose de Antoñita, se le cae la gorra al suelo, y al agacharse para cogerla, el señó Julian se lo salta limpiamente, causando el asombro del guardia y de Antoñita.

Enrique. Aterrado y echando mano al sable. ¡Jinojo! ¿Otra vez?

Antoñita. ¡Ay!

El Guardia y el borracho quedan frente a frente, mirándose.

Enrique. ¡Ese es er sinvergüensa!

Señó Julián. ¡Ese es er guardía!

Antoñita ¿Cómo?

Enrique. ¡Que este es er borracho que esta mañana me dió un sarto iguá que ahora!

Antoñita. ¡Ah, pero fué a usté?

Enrique. ¿Cómo que si fué a mí?

Antoñita. Porque ha de saber usté que ese borracho sinvergúensa... es mi papá.

Señó Julián ¡Servidó!

Enrique. ¿Su. .? Usté perdone. Yo no sabía... ¡Pero eso le sarva!

Antoñita. Asérquese usté, papaíto, que le voy a presentá a Enrique...

Enrique. Arcántara.

Antoñita. Mi novio desde este momento, si usté está conforme.

Señó Julián. ¿Cómo conforme? ¡Encantao!

Enrique. Muchas grasias.

Señó Julián. (¡Teniendo a mi yerno autoridá me sarto a tos los guardias de la provinsia!)

Enrique. Dándole la mano. ¡Un amigo!

Señó Julián. Dándole la suya ¡Un padre! Y pa solernisá er noviajo, vamos a tomarnos unas copas.

Antoñita. No me lo empiese usté a maleá.

Señó Julián. Descuida. ¿Vamos?

Enrique. Usté manda. A Antoñita, Lo dicho, dicho

Antoñita. ¡Ni que hablá! Salen los dos hombres ¿Pero estoy soñando? ¿Estoy despierta? ¿Yo con novio?

Por la calle pasa MERCEDES muy deprisa y muy triste.

Mercedes. ¡Adiós, Antoñita!

Antoñita. ¡Mersedes! ¡Entra, que te dé un abraso!

Mercedes. ¡Déjame, mujé! ¡Que a mi marío le ha dao un flato y se lo han yevao pa mi casa! ¡Naturá! ¡Esperando el armuerso desde las diez! ¡Pobresito mío!

Antoñita. ¡Vaya por Dios! Hise lo que me aconsejaste.

Mercedes. ¿Y qué?

Antoñita. ¡Que ya tengo novio!

Mercedes. Entrando. ¡Ay! ¿Sí? ¡Cuéntame! Se sienta. ¿Cómo ha sío? Levantándose. ¡Pero, no! ¡Ya me lo dirás otro día!

Antoñita. Como quieras. ¡Que lo de tu marío no sea na!

Mercedes. Si no es na, aquí estoy dentro de un cuarto de hora. ¡Adiós, Antoñita!

Antoñita. ¡Adiós, Mersedes! Mercedes desaparece ¡Qué feliz soy! ¡Ya tengo novio! A San Juan. ¡Santo mío, te has portao como un hombre, es desi... te has portao como un santo! Te pedí socorro.. ¡y me has mandao un guardia! ¡Dios te lo pague! Al público;

La muchacha casadera
que suspire con afán
por no quedarse sortera...
¡que se encomiende a San Juan!

FIN

Madrid, Enero, 1918.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El caprichito, entremés. (Segunda edición.)
¡Te la debo, Santa Rita!, entremés. (Tercera edición.)
Los ídolos, comedia en dos actos. (*)
El pañolón de Manila, sainete en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.
Correo de gabinete, entremés. (*)
El Patio de los Naranjos, sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)
Punta de viuda, entremés.
El milagro de las rosas, comedia en dos actos. (*)
La primera de feria, zarzuela dramatica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.
Primavera de la vida, comedia en un acto.
La casa de los pájaros, drama en cuatro actos.
Mañanita de San Juan, entremés. (Segunda edición.)
Trini la Clavellina, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.
El huerto de los rosales, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.
La sal del cariño, entremés.
La venda de los ojos, entremés con ilustraciones de música popular adaptada por el maestro José Serrano.
La caseta de la feria, comedia en tres actos.

La copla vengadora, novela.
La Casablanca, novela. (Publicadas en «La novela de bolsillo.»)

(*) En colaboración con Julio Pellicer.



Precio: 1,50 pesetas